

C ABE desdoblado el tema de la agricultura en dos aspectos fundamentales: producción y comercialización. Corresponde la competencia del primero—racionalización de cultivos, incremento de sus rendimientos—al Ministerio de Agricultura. Incumbe la distribución y comercialización en el mercado interior, así como la exportación, al Ministerio de Comercio. Don Francisco Moreno Borondo, ingeniero agrónomo, subdirector general de Inspección y Normalización de las Exportaciones, del Ministerio de Comercio, responde a nuestras preguntas.

EL FUTURO COMERCIAL

Nos referimos al mercado interior de la agricultura española en el futuro

—Es indudable—opina el señor Moreno Borondo—que, en general, la agricultura española ha sabido hacer frente a las mayores necesidades del mercado interior, adaptándose también en la medida de lo posible a las variaciones de su demanda. Consecuencia de la elevación del nivel de consumo, no sólo en España, sino en todo el mundo, es que la demanda de productos ha variado y varía en cantidad y calidad. Precisamente de la capacidad de adaptación a estas variaciones dependerá en gran medida el futuro de nuestra agricultura y de sus hombres. Sin olvidar que esta adaptación ha de hacerse precisamente “a la medida”, pues la agricultura tiene algo de juego de las siete y media: si te pasas, es peor.

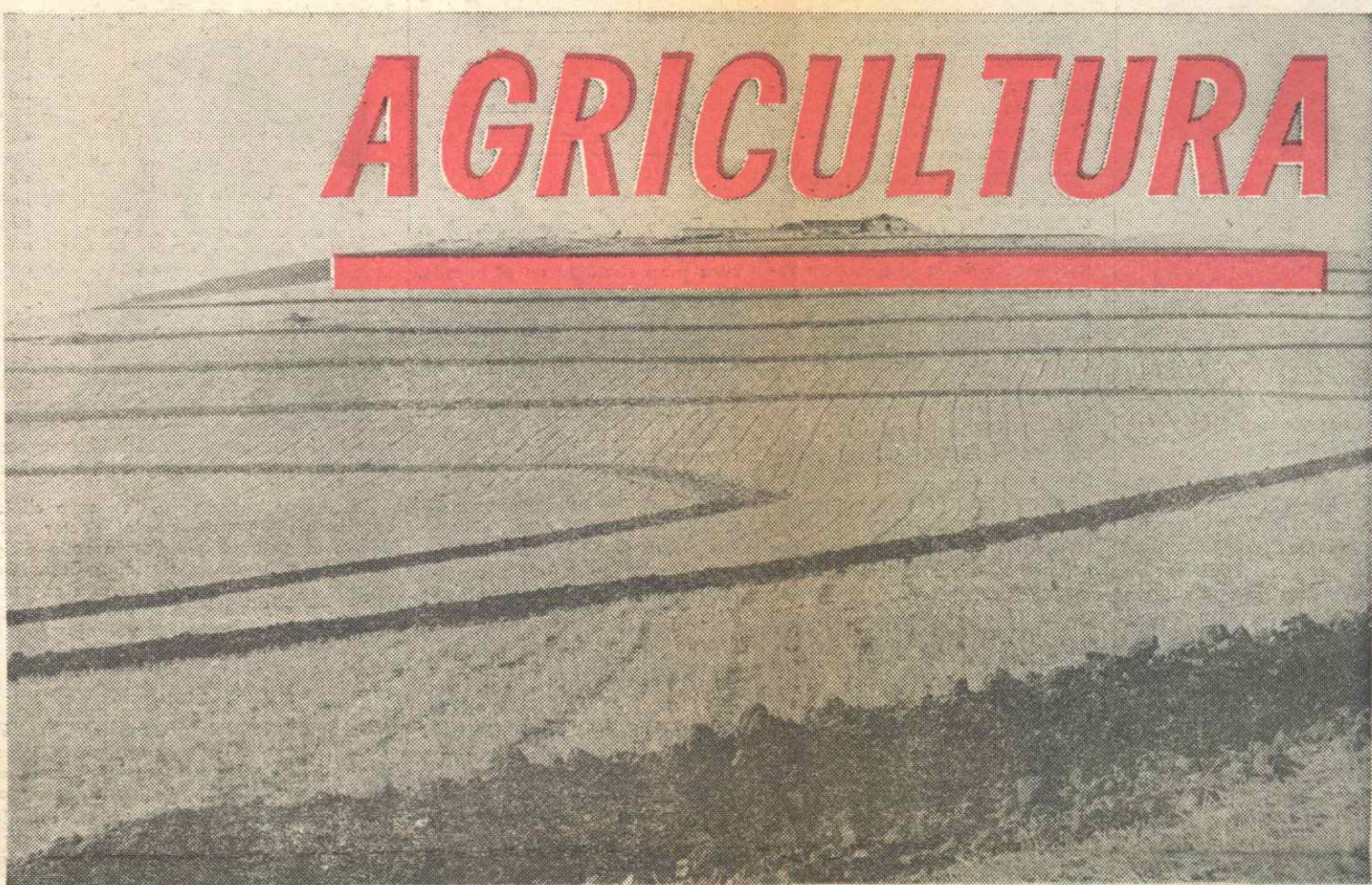
Pone como ejemplo nuestro entrevistado la producción de carne de pollo, alimento escaso y solicitado hasta hace veinte o treinta años, y que al producirse “industrialmente”, aparece en el mercado a precios más bajos que la carne de vacuno, perdiendo con ello gran parte de su antigua aceptación.

—La pérdida es achacable a su abundancia y no a la escasa variación de su calidad gustativa, obligada ésta a seguir la regla inevitable de la difícil compaginación entre cantidad y calidad producidas. Esta adaptación viene por la adecuación de la dieta a las necesidades fisiológicas del hombre, idea que ha comenza-

be considerar un mercado internacional único. Dividiéndolo en forma simplista, encontramos dos mercados claramente diferenciados en su potencialidad y demanda: el de los países ricos y el de los países pobres. Es el primero el que verdaderamente nos compra y solicita de nuestra agricultura productos prácticamente análogos a los consumidos por el mercado interior.

LA

AGRICULTURA



HORIZONTE

73

Por Marino GOMEZ-SANTOS



Don Francisco Moreno Borondo

do a abrirse paso, a y u d a también por razones de estética corporal. Por esta causa, alimentación y agricultura habrán de evolucionar, adaptándose esta última a un consumo creciente de hortalizas y frutas naturales, congeladas o en zumo. No resulta aventurado, por lo tanto, augurar en un plazo más o menos largo que la tradicional vocación hortofrutícola de nuestro Levante, y en general de toda nuestra agricultura, cuando no se asienta sobre un secano rabioso, encontrará finalmente su recompensa.

DOS MERCADOS

EXTERIORES

Al abordar el aspecto comercial de nuestro mercado exterior en un futuro próximo, el señor Moreno Borondo ha dicho:

—No sólo en éste, sino en otros muchos aspectos no ca-

En este mercado “desarrollado” aún se acusa más la evolución hacia un mayor consumo de frutas y hortalizas. Quien está familiarizado con la dieta de los Estados Unidos sabe que allí se consumen diariamente zumos de frutas, hortalizas y productos lácteos en elevada proporción. El que hoy estemos exportando nuevamente a Estados Unidos las uvas de mesa, cuyos costes de transporte elevan notablemente su precio, demuestra claramente hasta qué punto el consumidor norteamericano está dispuesto a pagar precios elevados por estos productos. Cabe, pues, augurar a nuestra agricultura y fruticultura, verdaderamente especializada, un futuro prometedor, pese al creciente coste del transporte y a las innumerables trabas que los distintos países oponen a las importaciones de productos agrícolas.

Aludimos a algunos problemas que viene sufriendo la agricultura española en relación con el tomate y la naranja, por ejemplo.

—En la actualidad, el ingenio y la fuerza de los países importadores, tratando de defender sus propias producciones o las de otros productos sustitutivos, ha establecido un conjunto variadísimo y artificial de trabas a la importación. No cabe duda, pues, que la situación, notablemente empeorada, no puede, sin embargo, ser calificada de tradicional. Tanto más cuanto que en muchos casos (y la naranja es uno de ellos) los antiguos inconvenientes de calidad, presentación, dificultades y rapidez del transporte, coste y lentitud del contacto directo entre vendedor y comprador puede decirse que han desaparecido en la práctica, sustituidos por los derivados del cierre de fronteras merced a artificiosos calendarios de importación o a elevados precios de venta, impuestos por los propios países importadores. Problemas lógicamente no derivados de la política exportadora de nuestras autoridades, sino impuestos

unilateralmente por los países compradores, en virtud de su propia política proteccionista. Por ello, y hoy por hoy, resulta inevitable la reducción de nuestras ventas, lo que nos obligará en el futuro a adaptar nuestra producción a estas barreras artificiales, repentinamente surgidas y en continua modificación.

NUEVOS

PASTIZALES

—¿Sería conveniente la conversión de una buena parte de nuestros cultivos agrícolas en pastizales para conseguir mayor desarrollo del ganado?

—Es cierto que tenemos tierras que sólo como pastos quizá pudieran ser económicamente productivas y cuya antigua conversión al cultivo cereal sólo cabe justificar en consideración al hambre y penuria de nuestros antepasados. El que estas tierras vuelvas a pastizales sean capaces de mantener una ganadería rentable ya es harina de otro costal. El más lego en agricultura sabe que el rendimiento de un pastizal natural depende casi totalmente de la pluviosidad, salvo que en realidad se trate del cultivo de hierba; sabe también que en muchas zonas españolas ésta no sólo es escasa, sino irregular, lo que es peor. En consecuencia, difícilmente puede hablarse con carácter general de una explotación rentable de estos pastizales, considerada la distribución y el valor de mercado de estas tierras.

—¿Qué conversión deberán sufrir nuestras estructuras tradicionales agrícolas para su integración en el Mercado Común?

—Parece lógico pensar que quien primero ha de estructurar su agricultura es el propio Mercado Común, y enton-

ces, ya a su medida y semejanza, podemos adivinar lo que espera a la nuestra, si se produce esa integración, no por todos deseada. Idea de cuál pueda ser este futuro nos la avanza el plan Mansholt, proyecto revolucionario que, mediante una mayor productividad por agricultor, busca la igualación de ingresos entre las distintas ramas productivas. Para ello propone medidas estimuladoras del trasvase de mano de obra agrícola, siempre que la tierra abandonada por ella no quede improductiva, agrupándola para ello en explotaciones de mayor dimensión o dedicándola a otros usos más acordes con su actual rentabilidad: parques naturales, zonas residenciales o de recreo.

MERCADO

COMUN

Y AGRICULTURA

—Señor Moreno Borondo, ¿qué espera el Mercado Común de nuestra agricultura?

—Lo que el Mercado Común espere quizá no coincida con lo que, a su vez, nuestra agricultura espera de él. El Mercado Común conoce perfectamente nuestra gran potencialidad productora en frutas, hortalizas y vinos. Es lógico, pues, que esta “esperanza” del Mercado Común sobre nuestra agricultura pueda ser la causa efectiva de dificultades para integrarnos a él, hoy día enmascaradas con otros conceptos. Incluso puede que llegue también a impedir la inclusión de concesiones agrícolas realmente interesantes para nosotros en los acuerdos más amplios que ahora se anuncian.

—En resumen...

—Podemos decir, por ahora, que el Mercado Común espera de nuestra agricultura su total y fácil sometimiento a la férrea disciplina comunitaria del Mercado, con la que nos obligará a respetar unos niveles de precio, y por ende de exportación, que, sirviendo su llamada política mediterránea, permitan la llegada al mercado comunitario de productos concurrentes de otros terceros países de esta zona, con situaciones mucho más desventajosas que las nuestras en cuanto a técnicas de cultivo, variedades producidas, situación geográfica, proximidad al Mercado, rapidez de envíos, agilidad y preparación comercial.

—Finalmente, ¿qué medidas adoptaría usted para modificar el saldo negativo de nuestra balanza comercial agrícola?

—Este saldo negativo se encuentra íntimamente relacionado con la paulatina adaptación de nuestra agricultura a las demandas del mercado interior. No es nuevo decir que carecemos de materias primas suficientes para los piensos compuestos que necesita nuestra cabaña, y son estas materias, junto con los productos cárnicos no producidos aún por nosotros, los principales renglones desequilibradores de nuestro comercio agrícola. Si a ello añadimos nuestra mayor demanda interna en cantidad y calidad de productos tradicionales exportados, así como las ya citadas trabas que éstos encuentran en el extranjero, no debe extrañarnos el déficit crónico y creciente de nuestra balanza comercial agrícola. Culpa ésta que no ha de cargarse a unos agricultores que, de forma inconcebible hace unos años, han sabido hacer frente a las crecientes necesidades alimenticias del país y del turismo que nos visita.